

¿Cómo restituir, pues, al contenido revolucionario del marxismo, cuando el marxismo es praxis? Aplicando al marxismo la crítica marxista misma. Volviendo la dialéctica del materialismo histórico al estudio de la historia de la dialéctica materialista. Desideologizando lo que en el propio marxismo pueda haber de ideología. Sólo así cabría descubrir, desde su entraña misma, las verdaderas causas de la degradación del marxismo: de la decadencia de la revolución.

Y sucede que, desde el marxismo, la consideración marxista de la filosofía como simple ideología esconde, a su vez, una ideología más. La que oculta su conexión dialéctica con la realidad olvidando que toda filosofía es —como afirmaba Hegel— "su tiempo comprendido en ideas". Pues, en cualquier caso, filosofía e ideología constituyen fuerzas tan reales como actantes. Lo iluso es, justamente, considerarlas como ilusiones. E intentar marginar la filosofía como algo que no tiene nada que ver con el marxismo, no es otra cosa, en definitiva, que intentar hacer del marxismo una especulación pura. Precisamente lo que éste no es ni quiere ser. Ni especulación ni ciencia abstracta: movimiento real surgido de lo real para transformarlo. Desde esta lógica, muy próxima a la racionalidad lukacsiana de "Historia y conciencia de clase", el marxismo sería una filosofía revolucionaria que se extinguiría al realizarse y sólo realizándose podría extinguirse. "No podréis suprimir la filosofía sin realizarla", tal sería el resultado último de la cuestión con lo que el trabajo de Korsch, citando a Marx, se cierra. ■ FRANCISCO DIEZ DEL CORRAL.

Espejo para inteligentes

El pasado día 14 tuvo lugar un acto social de importancia: en el Ateneo de Madrid se presentó "Gárgoris y Habidis", esa ficción que sobre la mágica historia de España ha escrito, en lenguaje barroco y apretado, Fernando Sánchez-Drágó. Estaba presente toda la "intelligentsia" madrileña, aburriéndose y sin poder fumar. Decían sus cosas Dámaso Alonso, Julio Caro Baroja, Fernando Savater, Gonzalo Torrente Ballester, Fernandito Arrabal y el profesor Aranguren —de profes-

La crónica de Roland Barthes

LA AMISTAD.—De las cosas que se dicen por ahí de nosotros nos enteramos por medio de nuestros amigos mejor intencionados: "El otro día, sabes, te defendí...". Así me entero de que me han atacado. Se establece entonces una especie de diferencia entre los amigos. Todos me quieren, sin duda, pero sólo algunos conocen el mapa exacto de mis heridas. Quien me hiere sin saberlo, para demostrarme su dedicación, me lastima doblemente: por la información que me ofrece y porque revela no conocerme sutilmente (¿o estará actuando así por pura perversidad?).

PAQUETES.—Lo más difícil de los libros que uno recibe no es hablar de ellos, ni siquiera leerlos, sino abrir el paquete: hay que luchar denodadamente contra el cartón y el papel adhesivo; la lengüeta del embalaje, que debería garantizar una operación de apertura del paquete casi mágica, se rompe; hay que emplear las tijeras, y la guata pulverizada que acolcha el embalaje se derrama por todas partes, se pega a la moqueta, al sillón. Tras lo cual, enorme angustia de los tiempos modernos, hay que liberarse (de todos esos embalajes).

Tal vez injustamente, tengo la impresión de que este encadenamiento excesivo es muy francés; el embalaje es siempre demasiado pesado, demasiado compacto, demasiado cerrado, como si se tratase de retener el mayor tiempo posible la mercancía de no entregarla (aberración de esas etiquetas donde se marca el precio y que se pegan tan bien al objeto que, una vez en casa, uno no puede quitarlas más que raspando, rayando, estropeando para siempre eso cuya adquisición tanto placer nos proporcionó).

"PARSIFAL" (1).—En el cine, el humo puede molestar a los espectadores; de ahí que se prohíba. Pero las risas que, a mis espaldas, acompañan a este film que me conmueve, que me encanta, que admiro, no están prohibidas por ninguna ley, lo que no impide que me hieran. Porque aquella tarde el público se reía precisamente, al menos así me lo parecía, de todo lo que había de sensible y lo que más me gustaba en el film de Rohmer: un arte de la narración, el sabor de un lenguaje diferente y, sin embargo, claro, el encanto de una palabra asonantada, el relieve de los personajes, la sutilísima relación entre la literatura y la imagen y, para decirlo todo, una especie de nobleza, de benevolencia, de bondad.

Es verdad que hay en "Parsifal" momentos de liberadamente graciosos. Pero cuando la risa del público es pura burla o se debe a una especie de grosería de los sentimientos, cuando uno se ríe de un autor a espaldas de éste, entonces aparece la barbarie.

Pase que el público se ría de palabras como "doncella", "holgar", "ramera", todos los chavales lo han hecho alguna vez; pero retir de la "simpleza" del héroe (ahora bien, el film de Rohmer es precisamente eso: simple, en todos los sentidos de la palabra) es afirmar el rechazo de la diferencia. Retir equivale a decir: no entiendo otra cosa, no quiero otra cosa, deseo lo mismo; quiero solamente una Edad Media en la que nada es diferente de como es todo hoy, salvo las costumbres. ■

© TRIUNFO y "Le Nouvel Observateur".

(1) "Perceval", en la V. O.

sión, cristiano—; moderaba a todos los moderados el sensatísimo Luis Racionero, "underground" oficial del Reino.

Cada uno de los arriba citados habló de sus cosas y muy poco del libro: García Calvo nos puso

en guardia contra la superstición, como un ilustrado del siglo pasado; Dámaso Alonso habló de las audacias gramaticales y léxicas del libro; Arrabal mostró sus evidentes simpatías hacia el cristianismo, Jesús y —como siem-

pre— él mismo, y Aranguren habló de García Calvo. El único que dijo algo —con palabra torpe, pero con rotunda inteligencia— del libro, y de lo que el libro significa, fue Julio Caro Baroja. Después de que hablasen los ilustres, tuvo la palabra el público asistente; un público que, en su mayor parte, tampoco había leído el libro.

"Gárgoris y Habidis" es una buenísima novela, elaborada a partir de hechos de la historia mágica de España. Y su autor es un hombre sensato, un buen narrador y un poeta muy apreciable. Su talento publicitario le ha llevado al éxito y a reunir en torno a sí a esta nutrida muestra de profesores y ácratas. Lo que resulta muy raro de toda esta historia es ver cómo los ácratas coinciden con los profesores, cómo cuentan lo mismo, cómo nadie quiso hablar del contenido libertario del libro —rico él, crítico él— y prefirieron todos irse por

Fernando Savater, García Calvo, Aranguren, Dámaso Alonso, Caro Baroja, Torrente Ballester y Arrabal, en el Ateneo de Madrid.

